

estrella ✦ en llamas

A

estrella en llamas

BETHANY FRENETTE

Traducción de Ana Bello

Frenette, Bethany

Estrella en llamas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. :
El Ateneo, 2015.

352 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Ana Bello
ISBN 978-950-02-0903-8

1. Literatura Juvenil Estadounidense. I. Bello, Ana, trad. II. Título
CDD 813.928 3

Estrella en llamas

Título original: *Burn Bright*

Copyright © 2014 by Bethany Frenette

Traductora: Ana Bello

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

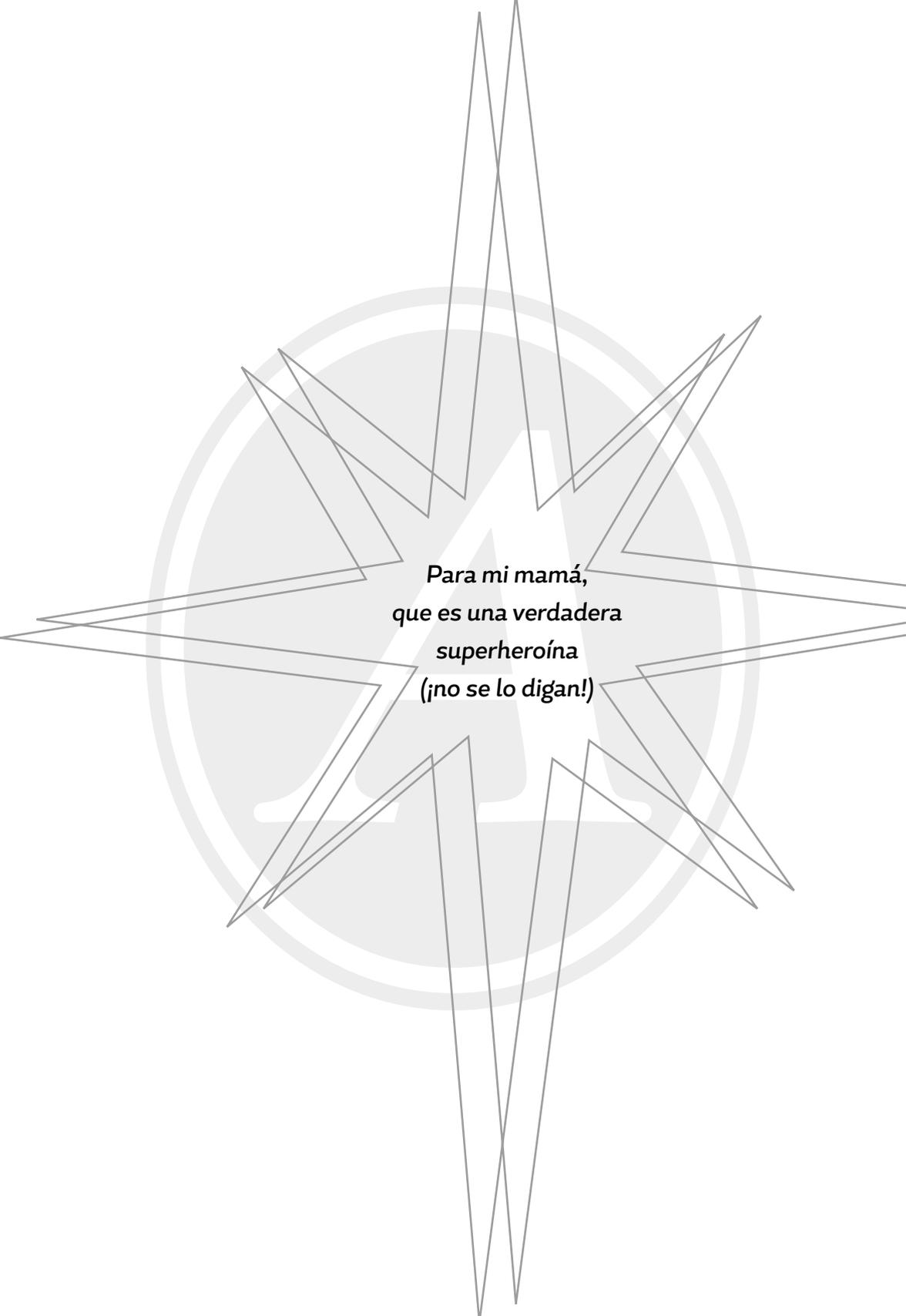
1ª edición: septiembre de 2015

ISBN 978-950-02-0903-8

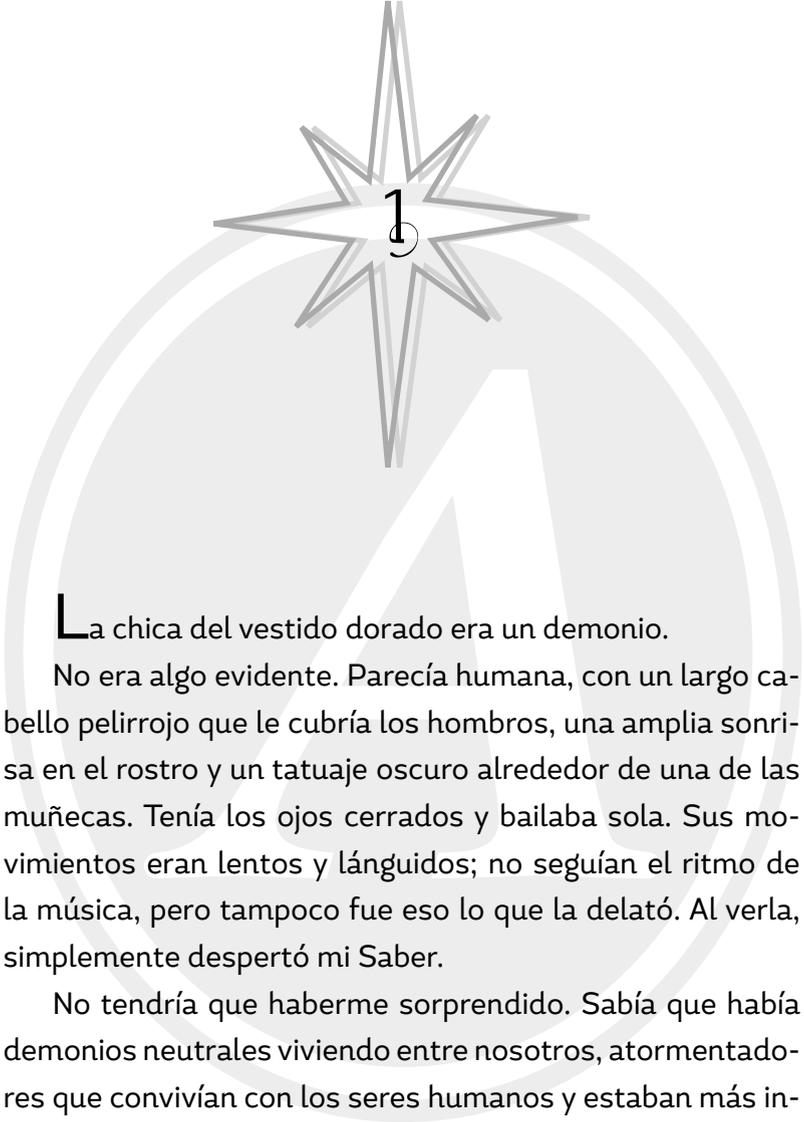
Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en septiembre de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.



**Para mi mamá,
que es una verdadera
superheroína
(¡no se lo digan!)**



1

La chica del vestido dorado era un demonio.

No era algo evidente. Parecía humana, con un largo cabello pelirrojo que le cubría los hombros, una amplia sonrisa en el rostro y un tatuaje oscuro alrededor de una de las muñecas. Tenía los ojos cerrados y bailaba sola. Sus movimientos eran lentos y lánguidos; no seguían el ritmo de la música, pero tampoco fue eso lo que la delató. Al verla, simplemente despertó mi Saber.

No tendría que haberme sorprendido. Sabía que había demonios neutrales viviendo entre nosotros, atormentadores que convivían con los seres humanos y estaban más interesados en sus propios asuntos que en destruir la Tierra. Simplemente, no me los cruzaba seguido.

De todos modos, si de verdad hubiese querido evitar a los demonios, probablemente habría sido una buena idea

mantenerme alejada de Sequía & Diluvio, la discoteca del centro que casualmente pertenecía a uno de ellos.

No es que me hayan dado muchas opciones en cuanto a ir. Mi amiga Tink había pasado dos días fastidiándome para que la acompañara y refutando cada uno de los argumentos que se me ocurrían.

—Eso fue hace meses —me había dicho, luego de que le señalara que las dos habíamos tenido encuentros bastante desagradables con demonios en el callejón que había atrás de la discoteca.

—Y mamá me lo prohibió expresamente —agregué.

—Año nuevo, reglas nuevas —señaló Tink—. Es una ley que usan todos los padres. Investígalo.

—Me dijo: “No hasta que la Tierra choque contra Marte”.

—Mentira.

—Bien podría haberlo dicho —contesté—. Estaba muy seria.

—A menos que dispare láseres por los ojos, no me impresionas.

Era muy difícil que alguien fuera más terco que Tink. Yo generalmente me rendía antes. Y esa tarde en particular tenía una ventaja extra: por primera vez en su vida, después de un constante flujo de esperanzas aplastadas y corazones pisoteados en su haber, la habían dejado.

—Por una estudiante de primer año —se quejó, como si fuera la peor ofensa de la historia del planeta, o del universo—. ¡Me cambió por una chica de primer año!

En lugar de mencionar el hecho de que nosotras habíamos estado en primer año hacía tan solo dos años, me

encontré aceptando pasar el fin de semana ayudándola a demostrar que realmente no le importaba haber sido, según sus palabras, abandonada por una mujer más joven. Y así fue como terminé en Sequía & Diluvio esa noche, sentada a una mesa con mi mejor amigo, Gideon, mientras Tink demostraba su despreocupación total bailando cada canción que pasaban.

Habíamos estado en la discoteca cerca de una hora cuando vi al demonio. En el extremo más alejado de la pista de baile, un destello de luz hacía destacar su vestido. Movía la cabeza de un lado a otro, y unos rizos rojos caían por sus hombros. Parecía que el espacio a su alrededor temblaba, y de pronto el Saber me atravesó el cuerpo como un flechazo.

Era una atormentadora.

Me quedé helada. Empecé a ponerme más y más ansiosa, aun cuando me decía a mí misma que no había ningún motivo para entrar en pánico. Después de todo, no estaba amenazando a nadie, no estaba atacando. Nadie le estaba hablando; nadie se le acercaba ni la rozaba mientras bailaba. La mayor parte del tiempo, ignoraba todo lo que la rodeaba. Seguramente era neutral.

Aunque podía no serlo.

Me mordí el labio mientras consideraba mis opciones. Lo mejor que podía hacer era buscar a Shane, el dueño de Sequía & Diluvio. Seguro que conocía a otros atormentadores y tal vez esa chica era su amiga. Quizás iba a la discoteca todo el tiempo. También era posible que organizaran fiestas donde todos los demonios neutrales se juntaban y

comentaban lo poco que les interesaba aniquilar al clan por completo y cómo todo eso de “abandonados en un reino de eterno tormento y desesperación” ya era parte del pasado.

En el peor de los casos, Shane sabría si era peligrosa. Pero no lo había visto esa noche, y tampoco quería llamar la atención por estar buscándolo.

Pensé en llamar a León, mi guardián y algo así como mi novio. Él sabría cómo manejar la situación. Lamentablemente, ¿cuál es el principal problema de salir con el adlátere de tu mamá? Justamente, salir con el adlátere de tu mamá. En ese momento, León estaba en algún lugar de la noche patrullando, haciendo cosas peligrosas –o al menos eso creía yo– y haciendo todo lo que estaba a su alcance para mantener las Ciudades Gemelas a salvo, con mamá. Y si lo llamaba para preguntarle si era probable que el demonio del vestido comenzara a masacrar a todos en la pista de baile, él se lo contaría a mamá. Cuando se trataba de temas de seguridad, primero era guardián y luego novio. La seriedad con que se tomaba sus responsabilidades estaba en un punto medio entre lo irritante y lo adorable. Y por eso decidí no llamarlo.

Como llamar a mi abuela Esther para pedirle su opinión sobre la situación hubiese sido una idea aún peor y mi prima Elspeth estaba fuera del país, solo quedaba una persona: yo. Mis sensaciones, mi intuición y mi Saber. Debía decidir por mi cuenta si esa chica representaba o no una amenaza.

La observé: se estaba meciendo, acariciándose los brazos. No había ninguna señal de lo que había debajo de su

piel humana. Más allá de saber con seguridad y apremio que efectivamente era un demonio, no podía percibir ninguna señal de ella en lo absoluto.

Frustrada, le di un codazo a Gideon para llamar su atención. Se quejó, pero obedientemente giró hacia mí. Le hice un gesto para que echara un vistazo a la pista de baile, y me miró con curiosidad.

—¿La conocemos? ¿Quién es?

—No quién, sino qué. —Bajé la voz—. Es un demonio.

Volvió a observar el salón. La chica nos estaba dando la espalda entonces. En la semioscuridad, no era más que una figura delgada, un vestido, una sombra y el cabello pelirrojo suelto. Humana. Inofensiva.

—¿Tenemos que hacer algo? —preguntó Gideon, con el ceño fruncido.

—¿Algo como qué? Probablemente sea neutral. Digo, no está lastimando a nadie. Solo está...

—¿Bailando de manera escalofriante al compás de una música que solo ella escucha?

—Si bailar de forma extraña fuera indicador del mal, estaríamos rodeados de asesinos seriales.

—¿No podemos al menos seguir con la “operación fiesta de la lástima” en otro lugar? —preguntó Gideon y bajó el volumen de su voz a un susurro—. Neutral o no, me parece que me gustaría que mi noche siguiera libre de demonios.

—Tienes razón. —“Es lo mejor”, pensé. Mientras que algunos atormentadores podían atacar sin discreción alguna, la mayoría de ellos no estaban interesados en los seres

humanos ordinarios. El clan era lo que odiaban, lo que cazaban. Si había alguien en peligro en la discoteca, éramos Tink y yo. Me puse de pie de un salto—. Voy a buscar a Tink.

Me sorprendió que no se opusiera a la idea de irnos. Simplemente se encogió de hombros, dijo que de todos modos estaba aburrida y caminó hacia nuestra mesa.

—Greg ni siquiera está aquí con su noviecita —se lamentó.

—Créf que no te importaba eso —dijo Gideon.

—No me importa. Pero ¿qué sentido tiene que no me importe si él no está aquí para verlo? —Se dio vuelta y fue rápidamente hacia la puerta.

—Nunca voy a entender a esa chica —señaló Gideon, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Le di una palmada en el hombro.

—Me preocuparía si lo hicieras.

Nos levantamos para seguirla y pasamos entre mesas llenas de gente y camareros que se veían agotados. Cuando llegamos a la puerta, di un último vistazo al lugar, por si Shane hubiese aparecido. Recorrí con la mirada la pista de baile y luego las mesas y la barra. Más allá de los baños había un pasillo que daba al callejón. En una pared, debajo del nombre de la discoteca, había un mural: la silueta del horizonte de Minneapolis pintada en blanco y rodeada de estrellas rojas que brillaban. No vi a Shane.

Sin embargo, algo más me llamó la atención. La chica de la pista había dejado de mecerse. Estaba perfectamente inmóvil, con las manos entrelazadas y los ojos cerrados, y sonreía.

Con total tranquilidad, me di vuelta.

Afuera soplaba un viento fuerte. Estábamos a mediados de febrero y la noche era muy fresca. La temperatura había bajado muchísimo la última hora, y todo había quedado cubierto por una delgada capa de hielo. Las aceras y las farolas estaban relucientes. Las ráfagas de nieve parecían doradas por las luces de los automóviles del centro.

Tink dijo que necesitaba aire fresco, así que caminamos varias cuadras, desde la discoteca hasta la rampa de estacionamiento donde habíamos dejado el automóvil de Gideon, viendo cómo nuestro aliento se convertía en vapor. Llegamos bastante rápido, a pesar de que Gideon, que odiaba competir con otros por un sitio en el estacionamiento, siempre elegía el piso más alejado. No tendría que haberse preocupado por eso; había poco tránsito para ser viernes a la noche, y el lugar estaba casi desierto.

—Si el automóvil volvió a congelarse y no podemos abrirlo —aclaró Tink cuando llegamos a los elevadores—, alguien más va a tener que hacerlo, porque no pienso arrastrarme por el baúl con este vestido. No importa lo que me ofrezcan a cambio.

Como Tink medía apenas un metro y medio de alto y tenía casi la medida de un hisopo de ancho, era la opción natural para entrar por el baúl. La última vez, Gideon la había sobornado con el dinero que le sobraba de una tarjeta regalo de la tienda Target, pero en esa ocasión Tink llevaba un pantalón y un suéter, no un vestido negro tan corto que cada vez que se agachaba dejaba ver su ropa interior. Y su abrigo y sus guantes no le servían de mucho para cubrirse.

Tenía las piernas completamente descubiertas; con el frío que hacía, no sabía cómo aún no se había convertido en un témpano humano.

—Me parece que vamos a tener que abrirlo con un cincel como hacen las personas normales —dijo Gideon.

—O podríamos chantajearla —sugerí.

Tink me miró despectiva.

—Como si pudieran... No saben nada sobre mí, y no le tengo miedo a Gideon.

—¡Ah! —exclamó él; parecía herido. Me reí. Gideon tenía la maldición de ser demasiado amable y era incapaz de guardar rencor. Nadie podía tenerle miedo.

—Eso te pasa por ser tan bueno todo el tiempo —le expliqué.

—No —contestó Tink—. Eso le pasa por cobarde. No puede chantajearme porque sabe que, si lo hace, le voy a contar a Brooke que él pasa toda la clase de Historia imaginándola desnuda.

Esta era una vieja discusión entre ellos. Tink creía que Gideon debía invitar a salir a Brooke Oliver, que le gustaba hacía mucho tiempo ya, en lugar de escaparse en dirección opuesta cada vez que ella estaba cerca. Me costaba entender la situación porque él normalmente no era tímido, pero también sabía que el tema de Brooke era el único que le provocaba sus ocasionales ataques de ira.

Gideon no respondió nada a Tink. Ya tenía la nariz y las mejillas enrojecidas por el viento, y ahora el resto de su rostro se puso a tono. La miró con fastidio al salir del elevador y se dirigió hacia el automóvil.

Me di vuelta hacia Tink y le dije:

—Eres terrible.

—Lo sé —replicó con una sonrisa.

Nos apresuramos para alcanzar a Gideon, quien había trotado la mitad del camino hasta el automóvil. El lugar estaba en silencio, casi vacío. Los pocos automóviles que había cerca eran oscuros; los parabrisas brillaban por la escarcha que los cubría. Un camión con el paragolpes oxidado se dirigía hacia la salida. Adelante, Gideon se detuvo justo al lado de su automóvil, con una mano en la puerta.

—¿En serio se congeló y no puedes abrirlo? —grité, mientras apresuraba el paso.

Gideon levantó la otra mano e hizo un gesto para que me alejara. A dos pasos del automóvil frené en seco. No estábamos solos.

Los atormentadores nos habían estado esperando.



—Dios mío —susurró Tink y se me acercó, hasta aferrarme el brazo con fuerza. Nos quedamos mirando fijo, congeladas donde estábamos. En el silencio, los latidos de mi corazón se oían fuertes en mis oídos.

Los demonios habían estado fuera de nuestra vista, escondidos detrás de columnas de cemento, pero ahora sí los veía. Eran cuatro. El primero parecía un chico más o menos de nuestra edad; tenía los brazos cruzados y un pie apoyado en el auto de Gideon. Era tan alto y delgado como León, con cabello negro y piel oscura. Un tatuaje rodeaba su muñeca izquierda. Llevaba puesta una camiseta azul y delgada y un par de jeans con un agujero en cada rodilla. No podía ver su rostro.

Los otros tres estaban en motocicletas: un rubio escuálido con una chaqueta de cuero y un aro en el labio, y dos

hombres corpulentos que parecían haberse escapado de una película sobre una prisión. O tal vez simplemente de la prisión, y punto.

Pero no eran hombres. No necesitaba mi Saber para darme cuenta. Sus formas humanas eran imperfectas y, debajo de los ojos blancos, tenían amplias sonrisas que revelaban dientes filosos y rojos.

Gideon dio un pequeño paso hacia atrás y soltó la manija de la puerta del automóvil.

—¿Puedo ayudarlos? —preguntó, con voz tranquila y educada, aunque tenía los puños cerrados a los costados y el rostro muy pálido. Echó un vistazo hacia donde estábamos Tink y yo—. No queremos problemas.

Uno de los demonios de las motocicletas dejó escapar una risa ahogada.

—No va a haber problemas —dijo otro, con voz ronca y áspera—. No muchos, al menos.

Tink seguía aferrando mi brazo.

—Esto no está bien. No podemos luchar contra cuatro de ellos.

—No quiero luchar contra *ninguno* de ellos —le susurré. Había practicado artes marciales desde los ocho años, y los últimos dos meses León me había estado enseñando la forma específica en que los guardianes luchaban contra los atormentadores; pero, sin poderes de guardián, no tenía buenas chances de ganar. Si bien podía echarme sobre un demonio solo, cuatro estaban muy fuera de mis posibilidades. Y Gideon y Tink no estaban entrenados en absoluto.

—Debemos hacer algo —resolvió Tink. Soltó mi brazo, dio un paso hacia adelante y gritó—: ¿Realmente quieren meterse con la hija de Morning Star? ¿Acaso eso no es casi lo mismo que llevar un cartel de neón gigante que diga “Ven a darme una paliza”?

Eso provocó más risas; no fue un sonido reconfortante para nosotros, y tuve que decirle en voz muy baja a mi amiga:

—¿En serio, Tink? ¿Qué tal si no provocamos a esta extraña y demoníaca banda motorizada?

—Estoy tratando de ahuyentarlos —siseó—. ¿Tienes alguna idea mejor?

A decir verdad, la tenía. Me quité los guantes y busqué a tientas el teléfono celular en el bolsillo de mi abrigo. Enseguida, el atormentador que estaba más cerca del automóvil de Gideon volteó hacia mí.

—Tú —dijo. Me detuve, sin dejar de mirarlo a los ojos—. Quiero verte las manos —agregó. Tenía una voz profunda y melódica; no era lo que esperaba oír de un atormentador. Y, a diferencia de los demás, parecía totalmente humano. No tenía ni una sola ondulación de escamas que lo delatará. Sus ojos marrones me observaban, entreabiertos y con intensidad. Cuando habló, pude ver el brillo de sus dientes blancos y prolijos—. Muéstramelas.

—¿Realmente crees que estoy armada? —repliqué.

—Ahora.

El Saber volvió a impactarme: tuve una sensación como una brisa fría que recorría mi nuca. Un repentino temor me

recorrió la piel. Oí el fuerte y reiterado ruido de tacones sobre cemento. Y entonces otra voz habló desde atrás:

—No puedo permitir que llames a tu mamá. —Me di vuelta. El demonio se acercaba sin prisa, mientras una sonrisa se dibujaba poco a poco en su rostro. El dorado del vestido ya no brillaba por la sombra, y el viento despeinaba su cabello largo—. Las manos, por favor —pidió alzando la suya, lo que dejó ver el tatuaje de la muñeca—. Valoramos nuestra privacidad.

Miré a mi alrededor. La rampa parecía vacía; no había más que lugares oscuros, automóviles vacíos y una leve capa de nieve. “Como si eso importara”, pensé. Ningún ser humano podía ayudarnos. Además, los atormentadores tenían la habilidad de nublar los sentidos. Cualquiera podía pasar justo por al lado de nosotros sin siquiera ver lo que ocurría.

Temblorosa, tomé aire, retiré las manos de los bolsillos y las sostuve delante de mí.

—¿Así está bien?

La chica dejó de avanzar mientras se daba golpecitos con el dedo en los labios: un brillo dorado sobre rojo. El esmalte de uñas combinaba con el vestido. Durante un largo rato, me miró fijo sin hablar. De pronto, más rápido de lo que creía posible, estaba a mi lado. Metió la mano en mi bolsillo y sacó mi teléfono. Antes de que pudiera reaccionar, lo arrojó al suelo y lo pateó debajo del automóvil de Gideon. Luego se alejó unos pasos y apoyó las manos en sus caderas.

—Así está mejor. No me gustan las interrupciones.

—Me salió bastante caro —le aclaré.

—Ese no es tu mayor problema ahora.

“Ni el tuyo”, pensé. No quería llamar a mamá, sino a León, y no necesitaba un teléfono para hacerlo. Como León era mi guardián, sentía si yo estaba en peligro y entonces aparecía de la nada para salvarme. Por mucho que me disgustara el papel de damisela en apuros, estaba bastante preocupada.

Pero incluso mientras pensaba en eso sentí que el pánico me invadía. León era guardián, pero no era invencible, y lo superaban ampliamente en número. Ya lo habían herido antes por protegerme; podía volver a pasar.

Con esfuerzo, dejé de lado ese pensamiento y me concentré en la situación que estaba viviendo. No iba a quedarme allí esperando que me rescataran. Me acerqué a Gideon y Tink me siguió. Frente a nosotros, los tres atormentadores en motocicleta bloqueaban el camino hacia adelante, y los otros dos demonios podían evitar fácilmente que llegáramos a la salida. Con cautela, apoyé la mano sobre el frío metal de la puerta del automóvil que estaba detrás de mí. Busqué a tientas la manija e intenté abrirla con suavidad. El automóvil estaba cerrado.

Gideon se acercó a mí.

—¿Qué crees que quieran? —susurró.

—Ni idea.

Fruncí el ceño. Si simplemente nos hubiesen querido muertos, ya habrían atacado, pero mantenían cierta

distancia: estaban esperando. Y yo no lograba percibir nada de ellos; ningún indicio de sus intenciones, salvo una señal mínima del odio que había percibido de otros atormentadores.

Frente a nosotros, la chica cantaba en voz baja mientras caminaba hacia el demonio con la camiseta. Lo abrazó por la cintura y le apoyó la cabeza sobre el hombro.

—Tenías razón, Daniel. Un pequeño susto y vino directo hacia nosotros.

Sus palabras me causaron escalofríos. Recordé cómo bailaba en Sequía & Diluvio, la forma deliberada en que se movía, la manera en que todos los demás la evitaban. Nadie la había notado, salvo yo. Ella quería que yo la viera.

No nos había perseguido hasta ese lugar: nos había conducido hacia allí.

A mi lado, Tink empezó a temblar. Gideon me tomó de la mano y la apretó dolorosamente fuerte. Enderecé la espalda, levanté la cabeza y miré fijo a la chica para decirle:

—No estaba asustada.

Sus labios volvieron a curvarse hacia arriba. Soltó al demonio que había llamado “Daniel” y, con pasos cortos y sin prisa, se acercó hasta estar frente a mí. De cerca, noté que tenía ojos celestes, y no completamente en blanco como los de los demás atormentadores, pero definitivamente tenían algo que no era humano: un vacío, algo antiguo y frío, como una ventana al inframundo.

Se inclinó hacia adelante y tocó suavemente mi rostro con la punta de las uñas.

—¿Ahora tienes miedo?

Intenté no estremecerme.

—Un poco —admití.

—Buena niña. No soporto a los mentirosos. —Luego, se encogió de hombros, retiró la mano y me dio la espalda—. Pero no hay nada que temer. No estoy aquí para hacerte daño. Solo quería verte con mis propios ojos.

—Entonces, ¿eres neutral? —pregunté.

No lo era. Yo ya lo sabía. Sentí la amenaza en el tono que usaba, vi en su sonrisa que se estaba burlando de mí. Cualquiera fuera su objetivo, no era bueno. Pero debía detenerme; necesitaba pensar. No podíamos pelear, así que teníamos que huir. Pero, a menos que quisiéramos lanzarnos a la muerte por el costado de la rampa de estacionamiento, no teníamos adónde ir.

La risa de la chica, un sonido estridente y discordante desde el fondo de la garganta, interrumpió mis pensamientos.

—¿Neutral? —preguntó, y volvió a acercarse a mí—. No te dejes engañar. No existe tal cosa.

Abrí la boca para responder, pero no salió ningún sonido. Pensé en Shane, quien había rescatado a Tink la noche en que la habían atacado y me había ayudado a mí dos veces. Había viajado al inframundo para que León me encontrara, e incluso había matado a otros atormentadores.

—La bestia en su interior está dormida —continuó la chica—, pero va a despertar. Siempre lo hace. Un día... simplemente se despiertan y recuerdan su odio. —Volvió a acercarse, con la cabeza inclinada mientras me miraba. Su

tono era suave, perversamente dulce—. Anhelan ver al clan desangrarse frente a ellos. Tienen sed de matanza, como el resto de nosotros.

Tragué saliva con fuerza.

—¿No me crees? —Su tono se volvió más serio—. Espera y verás.

Miré su cuello. “Golpe a la garganta”, me había dicho mamá. Los atormentadores eran más fuertes, más rápidos y más resistentes que los humanos, pero no eran invulnerables. Si conseguía darle un golpe directo, podía desorientarla el tiempo suficiente para huir.

Antes de que pudiera hacer algo, comenzó a alejarse, pero enseguida se detuvo para mirar a Gideon. Por tan solo un segundo, algo brilló en sus vacíos ojos azules.

—Bueno, esto es interesante. ¿Y tú quién eres?

Gideon tomó aire.

—¿Por qué?

—Simple curiosidad. —Volvió a sonreír, mostrando los dientes—. ¡Pero qué maleducada que soy! Te propongo algo, un intercambio. Te digo mi nombre y tú me dices el tuyo.

Gideon dudó por un instante. Me miró y volvió a mirar al demonio.

—Gideon.

La sonrisa del demonio se extendió.

—Y yo soy Susannah. Listo. Ahora somos amigos.

—Él no es del clan —intervine, y me interpuse entre ellos—. No representa ninguna amenaza para ti.

—Lo aprecias, ¿no? ¡Qué tierno!

—¿Qué quieres de nosotros? —intervino Tink.

Susannah ni siquiera la miró.

—Oímos todo acerca de ti, sabes —me dijo—. Dark Star, la estrella oscura, la chica que escondía la luz en su interior. Debo decir que me decepcionas un poco.

Cloqueando, se acercó a Daniel y entrelazó su mano con la de él. Las muñecas de ambos se tocaron y los tatuajes se combinaron para formar un par de esposas de tinta.

—No podemos usarla.

—Todavía no —contestó él, pero sin mirarla a ella, sino a mí—. Es hora de irnos.

La chica asintió y dijo:

—Olvídense de estos adorables chicos. —Hizo una pausa y la sonrisa volvió a aparecer. Esta vez los dientes eran rojos—. Maten al guardián.